

Título: Camino de la memoria

Autora: Fuencisla Sastre González

Prólogo

La nostalgia y los recuerdos e incluso el dolor por la separación del ser querido, no me impiden dar rienda suelta a la esperanza y a pensar que si se nace con deseos de ser feliz, esos deseos deben permanecer hasta siempre, porque como dice un admirado escritor: *'hay vida antes de la muerte, disfrútala'*¹. Aunque a veces cueste un gran esfuerzo tener la valentía de alimentar los buenos propósitos.

La fuerza que se tiene en la juventud y la experiencia que se va acumulando a lo largo de la vida, deben servir para fortalecerte hasta que el pasado no duela.

La Torre de Ujalba y las personas acogedoras de Almarail han colaborado esta pasada Navidad para que renazca en mí, el deseo de vivir plenamente en un entorno cargado de recuerdos.

oOo

Una tarde de estío, en un día esplendoroso, donde la naturaleza era pura armonía, el equilibrio entre un cielo azul y un campo cargado de belleza. Los pájaros, los insectos, las mariposas creaban una bella sinfonía; nosotros habiendo dejado de ver el río Duero, que se iba serenamente hacia otros paisajes, seguramente tan bonitos como el que nos conducía hacia la Torre; mientras caminábamos, a nuestro paso, el tomillo exhalaba un intenso perfume.

Yo, joven de ciudad, poco o casi nada acostumbrada a ir por campos ni a subir lomas por el lado más abrupto, ascendía hasta la cumbre acompañada de un joven como yo, muy interesado por la cultura y gran amante de la naturaleza. La Historia era una de sus grandes pasiones. Hablaba poco, reflexionaba mucho y sus palabras siempre eran precisas e interesantes.

¹ Eduardo Punset

Con emoción y sorpresa caminábamos entre las encinas, sin clara conciencia de que en ese camino ascendente, iba apareciendo el amor, inevitablemente.

La memoria me lleva hasta el encuentro con la Torre. Tiempo más tarde iré conociendo otras tantas torres defensivas o de señales en la línea divisoria que marcaba el río Duero, en la época de la Reconquista. Pero solo la Torre de Ujalba estaría ya presente y vinculada a mi vida personal.

En esta Torre de Almarail se fraguó el compromiso, de una forma tácita, de hacer un proyecto de vida en común con la persona elegida. Este descubrimiento cambió mi destino, nuestro destino.

Han transcurrido muchos años desde entonces. Todos vividos intensamente. Aquella joven se convirtió en una mujer que dejó la gran ciudad y se incorporó a una capital de provincia. Seguiría conociendo paisajes cargados de historia. La naturaleza y la cultura iban a ser de tanto interés que se constituirían en protagonistas de nuestras vidas.

Todo era esperanzador porque la juventud y el amor lo pueden todo, es el motor de la vida, es lo que mueve el mundo. Si más tarde iban a llegar el otoño y el crudo invierno, yo me aproximaría al calor y al cobijo humano que abriga mucho y ampara de las inclemencias del tiempo.

Pero el tiempo pasa muy rápidamente o así lo percibimos cuando transcurren los años. Primero vinieron los hijos de ese impulso vital, más tarde crecieron y ‘levantaron el vuelo’, como hacen las aves en su madurez. Ya nuestro ritmo de vida era más pausado y la libertad nos proporcionaba poder elegir hacer cosas distintas: descubrimientos, investigaciones que se iban haciendo realidad. Y un día de Navidad ir a comer, precisamente, a la Torre de Ujalba como algo gozoso y evocador.

En esta ocasión ya no hicimos el esfuerzo de subir a la Torre andando como lo habíamos hecho en el verano de nuestra juventud.

Sin duda conservábamos el mismo talante como para haber podido repetir la 'hazaña', pero optamos por hacerlo en coche, siempre teniendo presente que las aventuras sin riesgo son menos aventuras, pero el riesgo lo íbamos a correr de todas formas, por esos caminos solitarios en un día tan especial, tan intensamente frío, cualquier cosa podía pasar...

Yo sabía que comer el día de Navidad, a la intemperie, podía contemplarse como una excentricidad, o por lo menos como algo fuera de lo común. Pero la Navidad puede celebrarse como a uno se lo pida el corazón o los sentimientos. Siempre habrá días para la familia y para lo que se considera tradicional. Otros, como en nuestro caso, para hacer lo que hemos hecho con espíritu deportivo y un poco aventurero. Qué mejor cosa que elegir la Torre de Ujalba.

Un año en la Torre y dos años antes muy próximos a ella volvimos a otro paisaje desde el que veíamos la Torre, allá arriba, y nosotros junto a una fuente de piedra, quizá de origen romano, en cuyo entorno aquel joven de entonces plantó unos árboles, de los que solo se conserva uno y, el pobre, maltrecho por la acción de un hombre que, sin lugar a dudas, no estimaba lo que era crear un ambiente armonioso. Por aquel entonces había una tendencia hacia la deforestación, que años después se corregiría afortunadamente. Arrancarlos constituyó un grave error. No supieron comprender las gentes, por aquel entonces, que la intención al poner los árboles por el joven altruista, era que dichos árboles darían sombra en los días calurosos de verano y los pastores o agricultores se beneficiarían, en sus ratos de descanso, junto a la fuente que iba a nutrir a esos árboles. Puro equilibrio.

Nosotros acariciamos al pobre superviviente que creció y sobrevivió, torcido, eso sí, pero a pesar de todo, ahí estaba en solitario, como esperándonos.

La comida, lo mismo en la Torre que en el paraje descrito de la fuente, la hicimos frugal, no podía ser de otra manera. Sacamos del coche una pequeña mesa de campo, encima pusimos una vela encendida. Siempre la

luz como símbolo del espíritu. La alegría y el humor presentes en esta celebración singular navideña. Un termo con consomé caliente, reconfortante y algunas viandas más. Un vino y unos dulces. Un año nevaba un poco, caían unas suaves pelusillas como ‘mariposas blancas’.

Pero lo que podía haber quedado como un hecho aislado del que hablaríamos a nuestros nietos y cuyo recuerdo siempre nos sería grato, se convirtió, tiempo después, en una historia con futuro.

Las circunstancias nos aproximaron a las personas de Almarail en la subida de un belén a la Torre de Ujalba. La Torre adquiere por el hecho religioso un sentido trascendente, y el nutrido grupo de personas del pueblo y sus aledaños suben alegremente a la Torre con el belén. Nosotras, mi hija y yo, nos incorporamos con ellos en ese evento porque su generosidad ha sido mucha y han querido invitarnos.

No podemos decir que somos de este ‘sexmo’², pero nuestro deseo es serlo si nos aceptan los que sí lo son por derecho.

El grupo que subimos a la Torre lo hicimos con ganas y con ilusión. Yo temía un poco cansarme porque, entre otras razones, soy mayor. Reconozco que no fue obstáculo la edad, temía más que nada a que los recuerdos del pasado me pusieran en un estado emocional determinado; sin embargo, la subida fue placentera en una mañana luminosa de invierno. La conversación, el afecto que nos mostraron y la acogida de todas las personas suavizaron la ascensión. Cuando llegamos a la Torre y quedó puesto el belén en la oquedad donde pudo haber una ventana, se cantaron villancicos y hubo alegría.

Tomamos dulces y bebimos algo para coger fuerzas para el descenso, con la misma animación con la que habíamos subido.

² Sexmo: según la RAE (del latín sex, seis), división territorial que comprende cierto número de pueblos para la administración de bienes comunes.

Epílogo

El joven al que uní mi vida, se hizo mayor, como yo misma, más tarde envejeció, también como yo, y terminó su ciclo vital no sin antes dejarme un legado de experiencias, de amor y de conocimientos, tantos que son inabarcables; *te enseñé todo lo que yo sabía*, como expresa en un poema a mí dedicado.

Ahora pienso que el destino me puso a la persona adecuada en el momento justo. Subiendo a la torre de Ujalba aquel día de verano en el que nuestros caminos se cruzaron para la larga y fecunda andadura de la vida por la que caminaríamos juntos.